Pensamiento Político-Liberal en la construcción del nuevo Estado Argentino

El pensamiento liberal en la construcción del nuevo Estado Nacional Argentino (siglo XIX)

En Argentina, como en el resto de América Latina, el proceso de construcción del Estado nacional demandó casi todo el siglo XIX para que, de un largo período de conflicto interno, surgieran al fin los consensos básicos que permitieran emprender el nuevo proyecto nacional. Este proyecto fue adelantado por una élite dirigente –compuesta por intelectuales políticos– que trató de moldear a la nueva nación con base en un plan racional.

La idea de nación fue un elemento fundamental para legitimar el nuevo orden. La construcción de la nación argentina dependió de una Hite liberal, ciudadana. A pesar de diferencias internas coincidía en discursos: recepción de lo europeo (sin España), desdeño de lo nativo o lo mestizo; el territorio como enemigo y la ciudad moderna, cosmopolita, como ideal. La religión se considera aspecto de la vida personal, pero no de la vida nacional, donde lo económico es más importante. Pero el proyecto fracasa debido a las cuestiones olvidadas: etnias no representadas, territorio abandonado, educación sectorizada, entre otras, creando dos países: uno es la capital, Buenos Aires, y otro es el resto del territorio.

Palabras clave: Nación, Argentina, Migración, Territorio, Problemas culturales y sociales

El contexto

Con la derrota de Rosas en 1852, los intelectuales políticos conocidos como “la generación del 37” accedieron al poder y comenzaron a construir una nueva hegemonía sobre una herencia que no era totalmente negativa. En 1852 Argentina contaba con una unidad interna bastante sólida, aunque, como lo mostró la historia de la segunda mitad del siglo XIX, faltaba transitar aún un buen trecho para la organización definitiva del Estado nacional. La oposición a Rosas había consolidado un consenso bastante fuerte sobre los rasgos básicos de la nueva nación, aunque la cuestión de la hegemonía porteña sólo se solucionará con el gobierno de ARTURO CLAUDIO LAGUADO. Sin embargo, dos problemas que por ejemplo en Colombia mantuvieron divido al país hasta el siglo XX, ya estaban resueltos: la disputa entre federalistas y centralistas (unitarios), y la cuestión religiosa. La fórmula que proporcionó Alberdi en Las Bases, con un federalismo moderado, reflejó atinadamente esta realidad y, solucionada la cuestión de la capital por Roca, se mantiene incontestada hasta hoy. En cuanto a la Iglesia Católica, ya Rosas había instaurado el patronato a la cual ésta se había sometido.

La idea de nación en Argentina se define, luego de la batalla de Caseros (1852), tanto por una reacción ante el pasado como por el cálculo de las posibilidades futuras.

Mas tarde se constituye en el discurso legitimador de la gran modificación de la realidad que se inicia. La “civilización” –que explícitamente se equiparaba a progreso– iniciaba por la derrota del desierto. Para ello se recurrió a un desarrollo acelerado de las comunicaciones y a la inmigración como estrategia para multiplicar los centros urbanos. Buenos Aires era la única ciudad que, salida de la barbarie en que la había sumido el régimen de Rosas, se parecía un poco a la meta propuesta. Ella fue el ejemplo. Se trataba de profundizar este proceso extendiéndolo a todo el país con la mano de obra que Europa podía proporcionar, siempre y cuando hubiere políticas que favorecieran la inmigración. Desde entonces este plan se seguirá fielmente, hasta que en 1880 alcance su impulso definitivo. Si en 1869, Argentina contaba con 1’830.214 habitantes (300.000 de ellos extranjeros), en 1895 ese número había llegado a 3’956.060 como resultado de la inmigración, aunque muchos de los extranjeros se hubieran afincado en las ciudades. De 100 mil habitantes en 1850, Buenos Aires alcanzó casi el medio millón en el 80: más de la mitad, inmigrantes (Romero, 1946: 171).

Hacia la década del 80 se había fortalecido el aparato estatal de múltiples maneras, poblado la pampa húmeda, desarrollado un sistema portuario y se contaba con 2.500 km de vías férreas que luego del período roquista llegaron a 34 mil km. Paralelamente el capital británico se había instalado desarrollando el sistema de frigoríficos y la inmigración aceleró aún más su presencia hasta el extremo que, en la región de la pampa, llegó a haber dos extranjeros por cada nacional. Entretanto, Argentina había logrado una poderosa vinculación al mercado mundial

Aunque en algunos aspectos las predicciones de la generación del 37 no se cumplieron cabalmente y la inmigración no se difundió por todo el país sino que tendió a concentrarse en la zona más rica de éste, fue tan inmenso el cambio de la fisonomía argentina y la confianza en el progreso ilimitado, que el término liberal que inicialmente se aplicó a los constructores de la nueva idea nacional, se generalizó como sinónimo de urbano y moderno: tal se vivía en la ciudad de Buenos Aires. Pues si en algún sitio se cumplió este ideal moderno fue en la capital, centro de la población extranjera y de las costumbres europeas. Fiel a este proyecto, la educación pública laica se extendió considerablemente.

En rasgos generales el proceso que planificó la generación de los exiliados se había cumplido satisfactoriamente al finalizar la primera década del siglo XX. El liberalismo desde 1837 se había fijado la tarea de introducir hondas modificaciones en toda la vida colectiva sin reconocerle validez a otras expresiones que, sin lugar a dudas, también representaban fuerzas importantes de la sociedad. Por ello aquellas serían ideológicamente tan caducas en el país que, cuando con Roca se realizara el proyecto liberal, estarían condenadas sistemáticamente al ostracismo o la mofa.